

PREGON, FIESTAS NUESTRA SEÑORA DE LA PIEDAD
Herrera de Pisuerga, PALENCIA
20 de septiembre de 2014

Tinuca Maestro Medrano

Ilustrísimo alcalde, ilustres concejales, herrenses y amigos todos.

Cuando era una niña al llegar un día tan esperado como el de hoy yo solía estar ahí abajo, en medio de la plaza, hombro con hombro con amigos y familiares, con todos vosotros. Y sentía una gran alegría porque, por fin después de todo un año de espera, iban a comenzar las fiestas de nuestra patrona, la Virgen de la Piedad. Pero también admiraba a todas esas mujeres y hombres que cada año se subían al balcón del Ayuntamiento y nos contaban vivencias y recuerdos de nuestro pueblo y sus gentes. A mí me parecía que esas personas eran muy importantes, que habían tenido que realizar grandes o pequeñas hazañas que les hacían merecedores de este premio.

Y sin embargo hoy es a mí a la que, no se bien porque meritos, se le ha concedido ese premio. Nuestra corporación municipal ha tenido a bien invitarme a cambiar mi confortable y anónimo sitio en medio de la plaza, por este lugar privilegiado desde el que os puedo ver a todos y contagiarme de vuestra fuerza y alegría. No os engaño si os digo que el tributo por disfrutar de estas vistas es un ovillo de nervios y mariposas en el estómago, pero también, he de confesarlo, lo pago complacida y emocionada. Porque es para mí un honor, que me hayáis elegido para abrir nuestras queridas fiestas. Por ello os

doy sinceramente las gracias, alcalde, concejala y, como no, a todos vosotros, queridos herrerenses.

Desde aquí, hago el recuento a bulto de todos los vecinos y amigos que habéis venido hasta la plaza y me alegro porque seáis tantos. Pero en un momento así, como no, siento la ausencia de amigos y familiares que un día y durante años estuvieron también con nosotros en este mismo lugar. Especialmente recuerdo a mi padre, Julio Maestro, al que muchos de vosotros conocisteis. En los días previos a estas fiestas me he preguntado mucha veces como se sentiría si hoy estuviese con nosotros. El adoraba su tierra y sus gentes. Siendo niños nos llevaba cada domingo al parque y a visitar su tan querida ermita de la Piedad, frente a la que ahora vivimos y en la que además se casó con mi madre Carmen Medrano un 28 de este mismo mes de septiembre. Estoy segura de que si estuviese presente sería muy feliz al comprobar que sus hijos han mantenido vivo el compromiso y el respeto por nuestras costumbres. El amor por Herrera y la devoción por sus santos.

Como muchos de vosotros, aunque a los más jóvenes les pueda extrañar, yo también corrí y crecí por estas calles. Fueron estas piedras las primeras que pisé, estas casas y estos paisajes los primeros que miré. Herrera fue para mí en esos días mi universo, donde se concentraba todo aquello que podía necesitar para ser feliz. Aquí estaban mis padres y mis hermanos, mis abuelos, tíos, primos y toda mi familia. Parte importante de la cual está ahora entre vosotros, a ellos quiero hacerles ahora un guiño muy especial. Aquí estaban también mis entrañables amigos de infancia, de juegos y complicidades. De

aquellos días guardo en mi recuerdo las jornadas interminables del verano, cuando todas las preocupaciones, si es que conocíamos el significado de esa palabra, se reducían a montar en bicicleta por las eras, jugar en la cruz de la placilla de la iglesia o correr todo lo que diesen de sí nuestras piernas porque habíamos cogido prestado un pepino o un tomate de la huerta y con un poco de mala suerte el hortelano saldría en defensa de lo que era suyo y no nuestro.

De aquel mundo que yo conocí y que para mí era el Planeta completo y en miniatura, recuerdo vivamente los juegos infantiles, pero también el paso del tiempo y la llegada de las estaciones que nos traían renovados colores, nuevos olores, extrañas y desconocidas sensaciones. Todavía hoy recuerdo la fragancia fresca y verde de la hierba, el aroma amarillo y seco de los trigales y cada vez que entro por Castilla en mis viajes desde Madrid no puedo evitar revivir estos recuerdos.

Más tarde era el olor dulzón y pegajoso de las parras el que impregnaba el ambiente. Luego, con el barrunto de la tierra húmeda, la inminencia de las lluvias. ¡Reconfortaba entonces recuperar el calor de las medias altas y las botas en las piernas! Sin darnos cuenta, un buen día contemplábamos el humo gris saliendo de las chimeneas y el olor a leña, eso que muchos creen que es oler a pueblo. Todo ello anticipaba que la Navidad estaba cerca y tras ella las nieves. ¡Había llegado el momento de localizar unos sacos en las cocheras y deslizarnos sobre la nieve en la cuesta del castillo!

De esas estaciones, largas como vidas, íbamos saliendo los niños poco a poco transformados en adultos. No éramos conscientes entonces de que en ese devenir del tiempo lo único que cambiaba éramos en realidad nosotros. Así, casi sin darme cuenta, resultó que un día cumplí los 13 años y con ellos llegó la revelación de que detrás del Pisuerga y del Burejo, del Canal de Castilla y de la vía del tren -todo mi mundo hasta ese momento- había otro universo que me estaba esperando.

En honor a la verdad tengo que decir que a mi entonces ese otro mundo me traía bastante sin cuidado. Pero mis padres, siempre ellos, con su bendito empeño de que sus hijos llegasen más alto y más lejos, terminaron por hacerme la maleta y depositarme en un asiento del tren camino de la capital. En esos meses descubrí que el viernes, el día de mi regreso semanal del internado, era el más maravilloso de la semana y que toda la felicidad cabía en un plato de croquetas recién hechas por la mejor madre del mundo, la mía.

Con mi salida del pueblo mi mundo se dividió en dos, de una parte estaba Herrera, mi casa, y de otra todo lo demás. Y lo demás fue primero Palencia, donde estudié el Bachillerato en el colegio Filipense Blanca de Castilla, allí llegue con una estampita de la Virgen de la Piedad regalo de mi padre y que todavía hoy conservo como un tesoro. Luego vendría Madrid donde me licencié en Ciencias Empresariales y Marketing y comencé mi carrera profesional, primero en el sector de las nuevas tecnologías y después en el de la alta gastronomía.

Desde entonces han sido muchos los obstáculos que he superado, muchos los viajes realizados y los lugares que he conocido, pero por lejos que me encontrase en mi corazón siempre he guardado la certidumbre de que en el centro de mi geografía interior hay clavada una chincheta con el nombre del lugar que constituye mi capital sentimental: Herrera de Pisuegra. Ayer este pueblo fue el punto de partida de mi vida y hoy es lugar al que siempre quiero regresar. .

De Herrera aprendí el valor del trabajo bien hecho. El que desempeñaron mis padres en la carnicería de la familia, en la que también mis hermanos y yo echamos una mano siempre que fue necesario. Esta forma de hacer que ellos me enseñaron y el ejemplo de cómo han vivido me ha llevado a hacer mía su creencia en el trabajo, la nobleza y la justicia como valores que, aunque no nos lleven a hacernos ricos, nos aportan algo más importante paz, felicidad y respeto por uno mismo, probablemente los mejores premios a los que podemos aspirar en la vida.

Decía que Herrera fue y es el origen de todo y ahora es el destino al que quiero volver y el referente que llevo siempre en el corazón cuando he de tomar decisiones trascendentes. Herrera son mis raíces. Por ello en esos momentos siempre me pregunto que hubieran hecho mis hermanos o mis padres ante tal o cual situación. Las cosas que se aprenden de niño nunca se olvidan, conforman los cimientos de toda nuestra vida y son, en definitiva, las que nos hacen ser como somos.

En estos años de ausencias y presencias intermitentes mi pueblo ha sabido ir transformándose sin renunciar a sus tradiciones y sus costumbres. Cada vez que vuelvo es una satisfacción para mi comprobar que Herrera sigue siendo la misma ciudad acogedora de siempre para jóvenes y mayores. Ahí está para demostrarlo nuestro centro de DIA, el albergue juvenil o el centro de interpretación arqueológica. Además seguimos haciéndolo bien apostando y engrandeciendo nuestras fiestas. ¡Quién no conoce en el entorno la Fiesta de la Exaltación del Cangrejo de Río o nuestra tradición chacinera, hortelana, conservera o harinera!

Es cierto que estos tiempos nos son los mejores para nadie, pero también creo que disponemos de los recursos suficientes para construir un gran futuro basado en el cuidado y fomento de lo que nos es más propio. Actualmente en nuestro pueblo está desarrollándose toda una economía de la excelencia, en la que la clave es la calidad garantizada, lo mismo en la agricultura, los servicios o la industria. Y nosotros, herrerenses, que llevamos en la sangre la vocación emprendedora como corresponde a quienes viven en una encrucijada de caminos y ríos, tenemos mucho que decir en este momento. Sabed que podemos ser globales sin renunciar ni un ápice a nuestro anclaje local.

Dentro de doce meses, cuando llegue el día 20 de septiembre, será otro quien esté subido a este templete y nos cuente la pequeña gran aventura de su vida en Herrera. Y así, entre los que ya pasaron y nos relataron lo que vieron y sintieron, y los que vendrán en los años venideros, iremos tejiendo el maravilloso tapiz sonoro que hila la vida de los habitantes de este hermoso

pueblo-continente-mundo. Por cierto, ese día yo estaré de nuevo ahí abajo, entre todos vosotros. Y es seguro que estaré más tranquila, pero no menos contenta. Sabed que me agitaré de alegría y emoción sabiendo que formo parte de ese gran corazón que sois todos vosotros, que somos todos, con el que damos vida y cuerda a este entrañable pueblo que nos acoge como una madre y se llama Herrera.

Herrerenses, ¡Viva la Virgen de la Piedad! ¡Viva Herrera de Pisuerga!